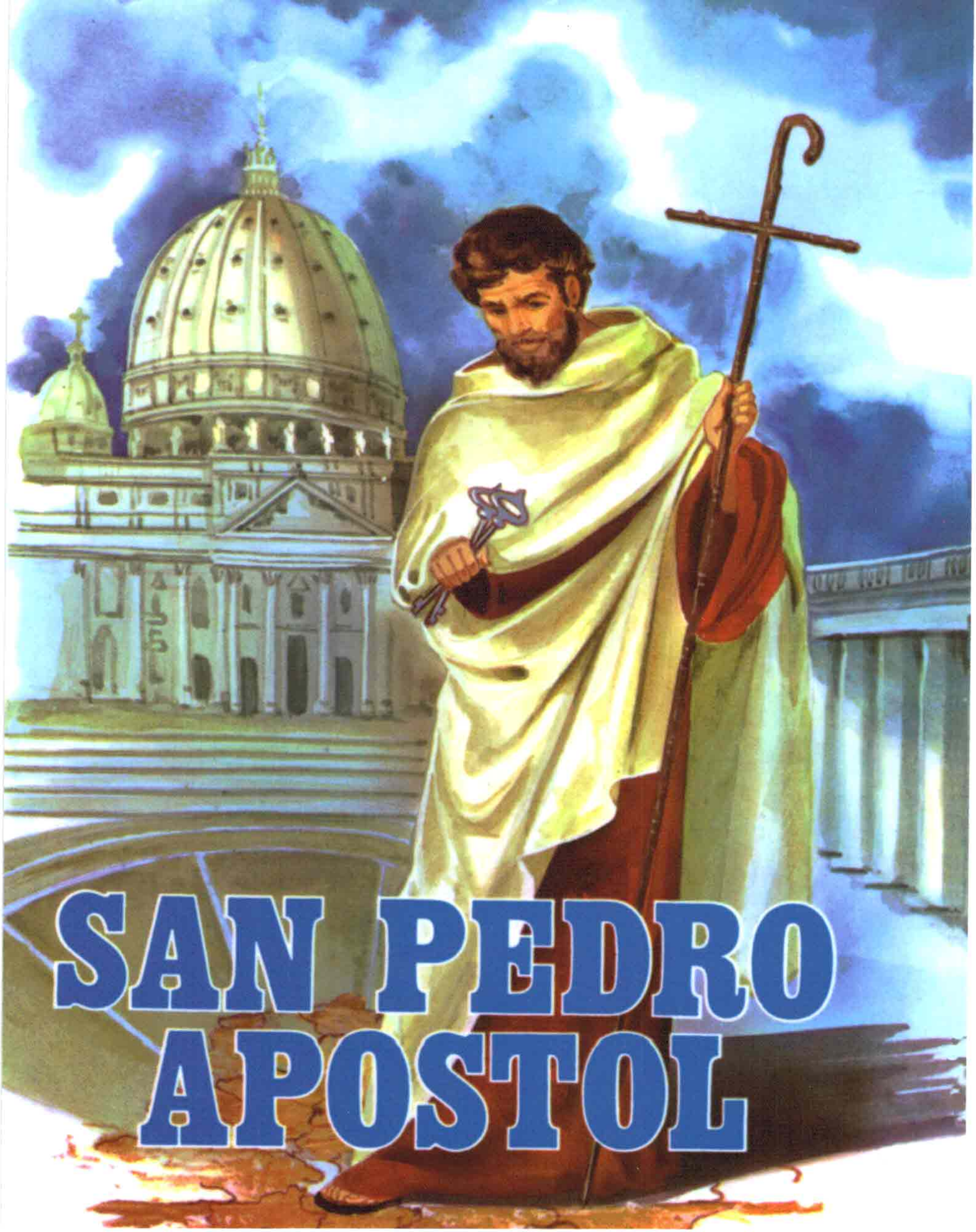

SAN PEDRO
APOSTOL

SAN PEDRO APOSTOL

A. CODESAL MARTIN

Ilustraciones de OLIGART

Editorial **APOSTOLADO MARIANO**
Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78 - www.apostoladomariano.com

ISBN: 978-84-7770-534-8 - Depósito legal: M. 47.067-2000
Impreso en España - *Printed in Spain* - Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

El encuentro con el Maestro

Un día estando San Juan Bautista con algunos de sus discípulos vio a Jesús que pasaba y señalándolo con el dedo dijo: «He aquí el Cordero de Dios».

Oyéndolo los discípulos, dos de ellos se fueron tras de El. Y Jesús volviéndose, y viendo que le seguían, les dijo: «¿Qué buscáis?» Ellos le dijeron: «Maestro, ¿dónde vives?» Y el contestó: «Venid y lo veréis». Se fueron, pues, con Jesús y vieron dónde vivía, y se quedaron con El todo aquel día.

Uno de los dos discípulos que, oyendo lo que dijo Juan, se fue con Jesús, era Andrés, el hermano de Simón Pedro. Y al primero a quien halló, después de haber estado con Jesús, fue a Simón, su hermano, a quien le dijo todo entusiasmado que habían encontrado al Mesías, que quiere decir el Cristo. Simón escuchó con mucha atención a su hermano y le entraron grandes deseos de verle también, por lo que muy pronto los dos juntos se fueron en busca de Jesús.

Cuando llegaron donde El estaba, Jesús fijó en Simón su mirada y le dijo: «*Tú eres Simón, el hijo de Juan. Tú serás llamado Cefas, que quiere decir Pedro o piedra...*»

Tú eres Pedro... (Mt 16)

Un día, en la región de Cesarea de Filipo, preguntó Jesús a sus discípulos: «¿Quién dicen las gentes que es el Hijo del Hombre?» Ellos le respondieron: «Unos dicen que eres Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas».

Jesús añadió: «Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo?» Tomando la palabra, Simón dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo».

¡Solemne afirmación! (Este es el primer dogma definido por el Papa, asistido del Espíritu Santo).

Por eso, Jesús le respondió: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque esta verdad no te la ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra, (que eres tú), Yo edificaré mi Iglesia y las puertas o poder del infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y todo lo que atares sobre la tierra será también atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra será también desatado en los cielos».

(Antiguamente las ciudades estaban amuralladas y cuando un rey ganaba una ciudad le entregaban las llaves como señal de reconocimiento de autoridad. Era un acto simbólico como el que hizo Jesús con Pedro para designar su autoridad).

Autoridad del Papa

¿Por qué dijo Jesús a Pedro que todo lo que atase en la tierra quedaría atado en el cielo, y que, por el contrario, todo lo que desatase en la tierra, sería asimismo desatado en los cielos? ¿Qué significa eso de atar y desatar?

Atar significa el poder que tiene el Papa para imponer leyes o deberes que obligan en conciencia, como el de oír misa los domingos, etc. Y desatar es la misma autoridad y poder que le dio Jesucristo para poder anular algunas obligaciones que él puede derogar.

El Papa es el vicario de Jesucristo y puede imponer leyes en su nombre, como son los cinco mandamientos de la Santa Iglesia. Y los demás obispos tienen la misma autoridad de los Apóstoles, porque son sus sucesores.

A ellos les dijo Jesús: «Quien a vosotros os recibe, a mí me recibe... El que a vosotros os escucha, a mí me escucha; y el que os desprecie, a mí me desprecia... Se le perdonarán los pecados a aquellos a quienes vosotros se los perdonéis, y no se le perdonarán a aquellos a quienes vosotros se los retengáis...»

¡Oh, qué equivocados están los que dicen que solamente obedecen a Dios y sólo a El le piden perdón de sus pecados, pero no se quieren confesar con los sacerdotes!

El pecado de San Pedro

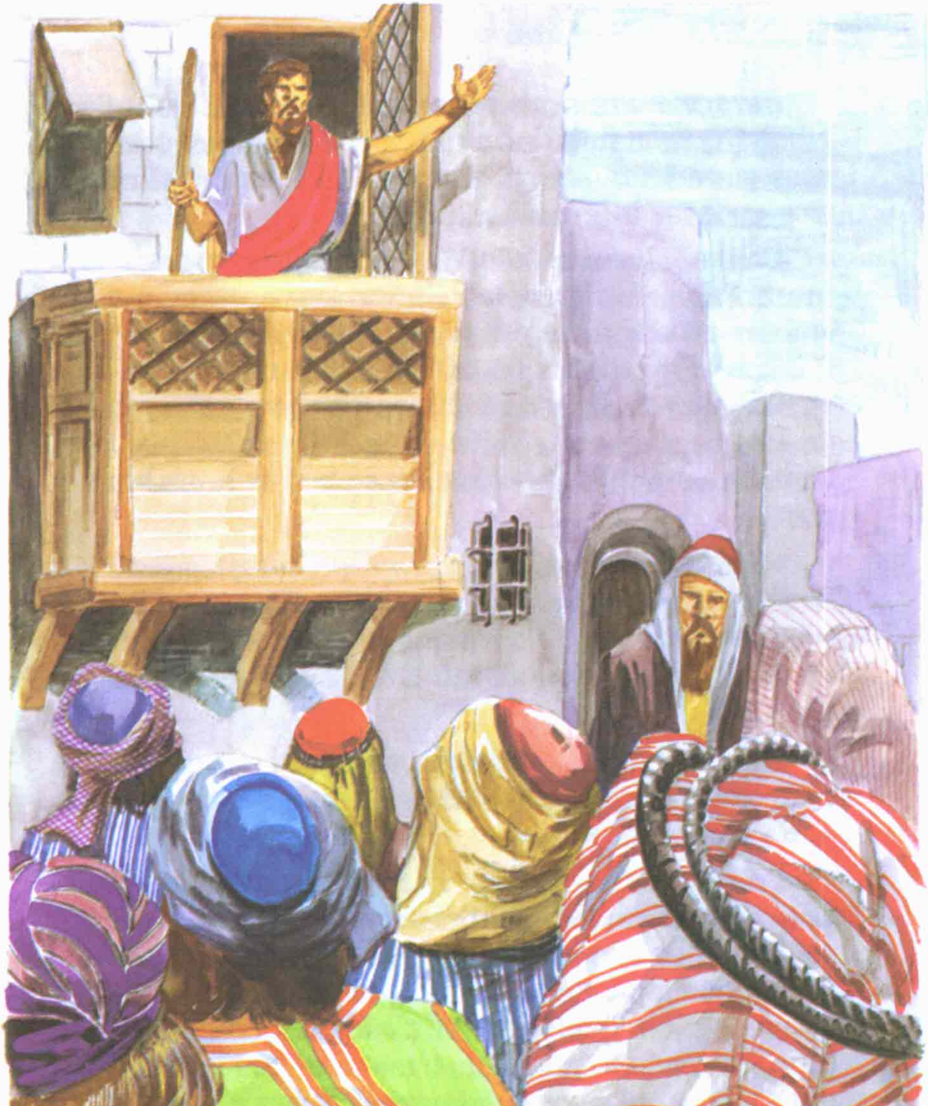
Para ser Papa no es necesario ser un santo. Es verdad que ha habido muchísimos Papas que han sido santos; pero los que no lo han sido, han tenido los mismos poderes y la misma autoridad.

Cuando Jesucristo eligió a San Pedro para que fuera Papa, sabía cometería un grave pecado; y sin embargo, no eligió a otro apóstol más santo, sino a él. Por eso le dijo: «¡Simón, Simón! Mira que Satanás va tras de vosotros para zarandearos como al trigo; mas yo he rogado por ti a fin de que no perezcas; y tú, cuando te arrepientas, confirma en la fe a tus hermanos».

«Señor —respondió Pedro—, yo estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel o a la misma muerte». Pero Jesús le aseguró: «¡Oh, Pedro! Esta misma noche, antes de que el gallo cante, ya me habrás negado tres veces».

Pero Pedro, a pesar de sus protestas, se olvidó, y ante la voz de una simple mujer que le acusaba juró que no conocía a Jesús.

Lo negó tres veces, y a la tercera cantó el gallo. Entonces recordó las palabras del Maestro, y dándose cuenta de su pecado, lloró amargamente y Jesús lo perdonó. A causa de su triple pecado, Jesús le obligó a hacerle un triple acto de amor: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que éstos?» «Señor, Tú sabes que te quiero» —repitió Pedro, con gran humildad.



Pentecostés

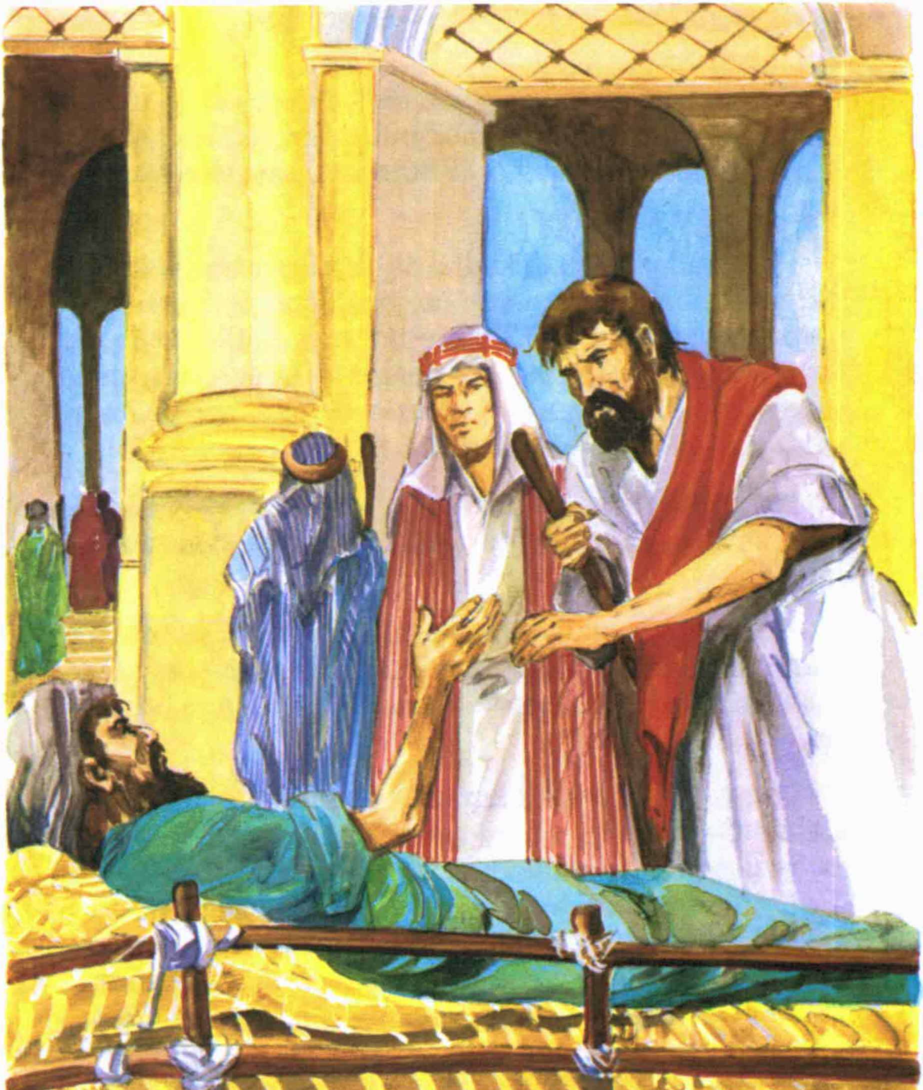
Cuando Jesús subió a los cielos dejó en la tierra poco más de quinientos discípulos, los cuales, al ver lo que le había sucedido al Maestro, estaban asustados.

Pero sucedió que, el día de Pentecostés, estando los once reunidos en oración junto con la Santísima Virgen, sobrevino de repente un gran ruido como de un terremoto, y al mismo tiempo aparecieron unas lenguas de fuego que se repartieron por todos ellos y se sintieron llenos del Espíritu Santo.

Entonces Pedro, como jefe y superior de la asamblea, salió al balcón y empezó a predicar con mucha valentía.

Al oírlo, se reunieron en un momento junto a él gran cantidad de judíos, de todas las regiones y lenguas, que habían llegado en aquellos días a Jerusalén.

Las gentes que le oían, atónitas se preguntaban: «¿Quién es éste? ¿No es galileo? ¿Pues cómo es que todos nosotros le entendemos en nuestra propia lengua? Aquí estamos personas de muchas regiones, que hablamos diversas lenguas y entre nosotros no nos entendemos. ¿Pues cómo es que a éste todos le entendemos?» Y tal fue la admiración de la gente, que en aquel día se hicieron cristianos más de tres mil personas.



Curación de un paralítico

Subían un día Pedro y Juan al Templo a la oración, cuando se encontraron con un hombre que estaba paralítico desde su nacimiento. Pasando junto a él, Pedro le dijo: «Míranos». El paralítico los miraba con fijeza esperando una limosna. Entonces Pedro añadió: «Plata u oro no tengo; pero te doy lo que tengo: En nombre de Jesús Nazareno, levántate y ponte a andar».

El enfermo, repentinamente curado, dio un salto de gozo y puesto en pie echó a andar y entró con ellos en el Templo, andando por sus propios pies, saltando y alabando a Dios.

Había allí mucha gente, y todos en tropel le cercaron para verle; pues como llevaba allí más de cuarenta años pidiendo limosna, muchos le conocían y se maravillaban del milagro.

Pedro les dijo: «¡Oh, hijos de Israel! ¿Por qué os maravilláis de esto y por qué nos estáis mirando, como si nosotros por nuestra propia virtud hubiésemos hecho andar a este hombre? No hemos sido nosotros, sino que este portento se debe al Hijo de Dios, Jesucristo, a quien vosotros entregasteis a Pilato para que fuera crucificado...» Las palabras de Pedro a la vista del milagro, convirtieron aquel día más de cinco mil hombres.

Les prohíben enseñar en nombre de Jesús

Estando Pedro y Juan enseñando en el Templo, sobrevinieron algunas autoridades y policías y los cogieron y metieron presos. Al día siguiente los hicieron comparecer ante el pontífice, el cual los interrogó preguntándoles: «¿Con qué potestad o en nombre de quién habéis hecho esa curación del paralítico?»

San Pedro le contestó diciendo: «En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, a quien vosotros crucificasteis y Dios ha resucitado. En virtud de tal nombre se presenta sano ese hombre a vuestros ojos».

Entonces ordenaron a los guardias que los sacasen fuera, y ellos se pusieron a deliberar entre sí diciendo: «¿Qué haremos con estos hombres? El milagro que han hecho es notorio a todos los habitantes de Jerusalén. Ha sido un milagro tan claro y evidente que no es posible negarlo. Lo único que podemos hacer será obligarles a que, de ninguna manera, vuelvan a tomar en la boca ese nombre, ni hablen más de El a persona viviente».

Entonces, llamándolos de nuevo, les intimaron con amenazas que por ningún caso hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús. Mas Pedro y Juan les respondieron: «Juzgad vosotros qué es más justo en la presencia de Dios: si el obedeceros a vosotros o el obedecer a Dios».

Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres

Los Apóstoles seguían haciendo muchos milagros y prodigios entre el pueblo. Todos los que estaban enfermos se ponían por donde Pedro tenía que pasar y con sólo que les tocase la sombra quedaban curados. Así concurrían a Jerusalén muchas gentes de todas las ciudades vecinas, trayendo enfermos que eran curados.

Alarmados con esto, los príncipes de los sacerdotes prendieron a Pedro y a Juan y los metieron en la cárcel. Mas el ángel del Señor, abriendo por la noche las puertas, los puso en libertad y los mandó volver al Templo a predicar.

Reunido el concilio de los sacerdotes, mandaron ir por los presos para ser interrogados. Pero al momento volvieron los soldados diciendo: «La cárcel la hemos hallado bien cerrada, y los centinelas en todas las puertas; pero los presos han desaparecido».

Estando ellos todavía hablando, llegó uno diciendo: «Aquellos hombres que metisteis en la cárcel, están ahora enseñando en el Templo».

Inmediatamente fue allá el comandante con su gente y los trajeron. Entonces el sumo sacerdote les dijo: «¿Nos os teníamos formalmente prohibido que volvieseis a enseñar en nombre de Ese?» Pedro contestó: «Cierto; pero es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres».

Otra vez en la cárcel

Herodes mandó encarcelar a Pedro, y metiéndolo en la cárcel, para dormir lo hacía atado con cadenas a varios soldados. El rey tenía pensado condenarlo a muerte después de la Pascua; pero mientras Pedro estaba en la cárcel, la Iglesia entera hacía oración por él.

Y sucedió que, la noche anterior al día en que Herodes pensaba matarle, mientras dormían, el ángel del Señor tocando en el hombro a Pedro, le despertó y al instante se le cayeron las cadenas con las que estaba atado a los soldados. Añadió el ángel: «Toma tu capa y sígueme».

Salía Pedro tras el ángel, bien que no creía ser realidad lo que hacía; antes se imaginaba que todo era un sueño.

Cruzaron por delante de todas las guardias, hasta que llegaron a la puerta de hierro por la que se sale a la calle, la cual se les abrió por sí misma. Salieron y caminaron juntos hasta el fin de la calle, y allí el ángel súbitamente desapareció. Entonces fue cuando Pedro, volviendo en sí y dándose cuenta de la realidad, dijo: «Ahora comprendo que el Señor ha mandado su ángel para librarme de las manos de Herodes».

En libertad

Entonces Pedro se encaminó a una casa donde sabía que se reunían los cristianos, y habiendo llamado a la puerta, salió una muchacha a ver quién llamaba, y habiendo reconocido a Pedro, fue tanto el gozo que, olvidándose de abrir, corrió adentro con la nueva de que Pedro estaba a la puerta.

Creyendo que era imposible, le decían: «Tú estás loca». Mas ella afirmaba que era cierto. Entonces ellos dijeron: «Pedro no puede ser, será sin duda un ángel».

Mientras tanto, Pedro proseguía llamando a la puerta. Abrieron, por fin, y al verle quedaron asombrados.

Fue tanta la alegría que no pudiéndose contener armaron tanto alboroto que Pedro tuvo que hacerles señas con la mano para que callasen, y habiéndoles contado cómo había sucedido todo, les dejó y se retiró, seguramente a consolar y fortalecer a otros hermanos.

Al día siguiente, el rey Herodes andaba como loco haciendo pesquisas y averiguaciones para ver de aclarar cómo se había podido fugar Pedro de la cárcel, y al no poder aclarar nada, lleno de furor, mandó ajusticiar a los soldados que lo guardaban.

Obispo de Roma

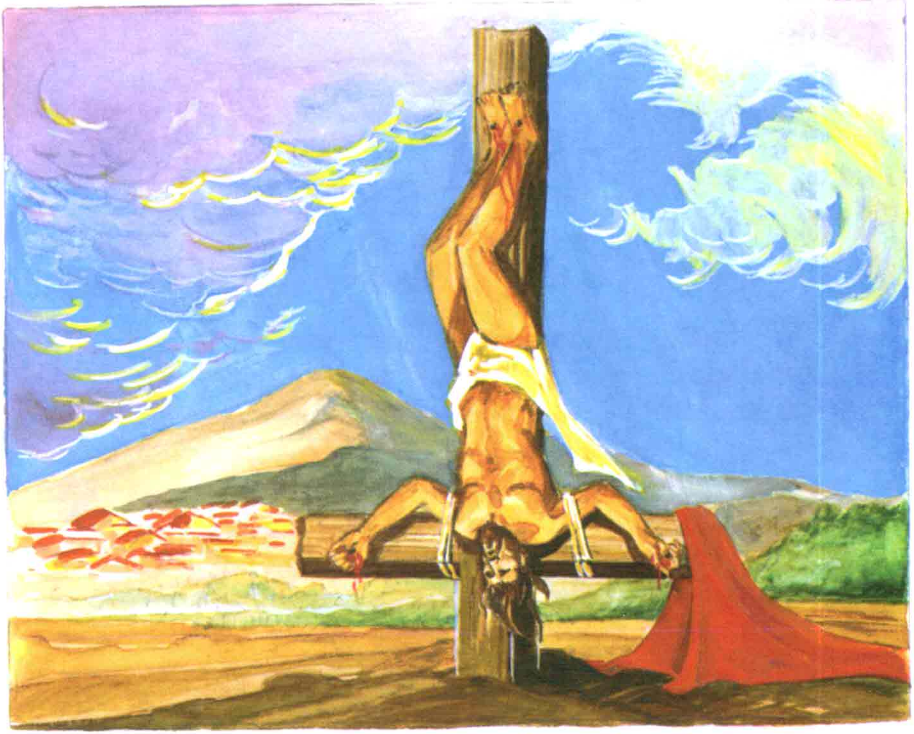
Después de confirmar en la fe a los hermanos de Jerusalén, San Pedro partió para Roma, que entonces era tenida por la capital del mundo.

Fue el obispo de Roma por espacio de unos 25 años, hasta que murió víctima del emperador Nerón.

Dice la tradición, que al arreciar la persecución, y sabiendo los cristianos el interés que tenía Nerón de encontrar al jefe de los cristianos, convencidos estos de la importancia de su vida para la Iglesia, consiguieron convencerle que se marchase durante algún tiempo a otro lugar menos peligroso. Pero cuando Pedro se disponía a salir de la ciudad, he aquí que se encuentra de improviso con su Señor y Maestro Jesús, que viene hacia Roma cargando a las espaldas con una pesada cruz.

Pedro al verlo, humilde y confuso, solamente acertó a decirle: «¿Adónde vas, Señor? *Quo vadis?*» Y el Salvador le respondió: «Voy a Roma para ser crucificado otra vez». La visión desapareció, pero Pedro entendió la lección: Aquella cruz que traía el Maestro era su propia cruz, que debería aceptar valientemente.

Dio la vuelta rápidamente, decidido a continuar en Roma y a aceptar el tormento o la cruz que quisiera enviarle el Maestro.



La policía romana no tardó en cogerle preso, y el emperador Nerón le condenó al suplicio de la cruz. A Pedro aquello le pareció tanto honor que, considerándose indigno de morir como el Maestro, suplicó la gracia de morir cabeza abajo, gracia que le fue concedida, muriendo en el Vaticano el día 29 de junio del año 64.

9 788477 705345